

al efecto sus mayores recursos de artillería, municiones y gente, me encaminé á aquel punto por los pueblos de Apatzingo, Celaya, Salamanca é Irapuato, con el doble objeto de reducirlos á la obediencia y organizar su gobierno, como lo verifiqué, y asegurarme las subsistencias impidiéndoselas al enemigo.

“La tarde del 23 tomé posicion en Puerto Molinero, distante cuatro leguas de Guanajuato, y á las siete de la mañana siguiente emprendió el ejército su marcha hácia la cañada de Marfil, que es la entrada principal de aquella ciudad, no con otro objeto que con el de practicar un prolijo reconocimiento del terreno, y disponer en consecuencia el ataque para el dia siguiente; pero la anticipacion con que el enemigo empezó á batir con su artillería colocada en dos lomas á la orilla izquierda del camino, me puso en la necesidad de desalojarle de ellas para situarme y verificar despues mi intento.

“Al efecto dispuse que un cuerpo de caballería, compuesto de dos escuadrones de México con sus comandantes D. Francisco Astudillo y el baron Antoneli, otro de España, mandado por el capitán D. Gabriel Martinez, dos compañías de escopeteros y patriotas de San Luis, al cargo del teniente coronel D. Juan Nepomuceno de Oviedo, y el piquete de dragones de Querétaro al del Sr. D. Manuel Pastor, todo á las órdenes del Sr. D. Miguel de Empáran, general de la caballería, se dirigiese por la izquierda de las citadas alturas á tomar el camino de Silao y cortar la retirada al enemigo, al mismo tiempo que atacasen por el frente la compañía de voluntarios de Querétaro con su capitán D. Antonio Linares, dos escuadrones de San Carlos con el teniente coronel de este cuerpo D. Antonio Gutierrez, la compañía de mi escolta mandada por el capitán D. Ramon Falco, y

otra de patriotas de San Luis, cuyo ataque debian proteger los cuatro cañones de á caballo situados sobre la derecha del camino.

“Todo se verificó en los mismos términos que lo dispuse; las tropas, deseosas de llegar á las manos con los enemigos, y animadas por mi segundo el Sr. conde de la Cadena que iba á su frente, se arrojaron á ellos con tanta resolucion é intrepidez, que habiendo principiado el ataque á las diez y media de la mañana, ya á las once estaban derrotados, tomadas las dos alturas, cogidos sus cañones y puestos en precipitada fuga, ejecutando en media hora lo que me proponia hacer en todo el dia. En esta accion se cogieron un coronel, varios oficiales y muchos prisioneros con cuatro piezas de cañon.

“Viéndome dueño de los puestos ventajosos que formaban la vanguardia del enemigo y cubrian la entrada de la cañada de Marfil, notando el general entusiasmo de la tropa, y que aún no era llegado el medio dia, traté de aprovechar este precioso momento é hice señal de que siguiese la marcha el ejército para internarme en la cañada, á cuya izquierda comienza el camino de Santa Ana, que me habia propuesto seguir con el grueso de las tropas, á fin de flanquear la mayor parte de otras diez posiciones que en otros tantos cerros elevados ocupaban los insurgentes á derecha é izquierda con artillería y considerable número de gente, evitar el paso del resto de la cañada, cuyos espaldones estaban minados por mas de mil quinientos barrenos comunicados por una misma mecha, y enfilados varios puntos por las baterías enemigas, é ir sucesivamente batiendo y dominando el terreno.

“Puesto al frente del ejército con la artillería de á caballo, siguiéndome el primer batallon de la columna de grana-

deros, con su comandante el Sr. D. José María Jalon, y su sargento mayor D. Agustín de la Viña, continué mi marcha por la cañada, internándome en el caserío que abandonaron los enemigos al acercarme, y desde ella paso á paso sin dejar de batirlos con mi artillería, á pesar del continuo fuego de una batería que tenia colocada á la derecha para imposibilitar esta entrada, llegué al punto que daba comunicacion con el camino de Santa Ana, teniendo que subir á brazo los cañones, lo que ejecutó con suma presteza y animosidad la compañía de gastadores de la columna, hasta situarme en una ladera desde donde podia descubrir y batir al enemigo con mas facilidad.

“Entretanto dí orden para que por el mismo paso me siguiese el resto del ejército, sostenido por el segundo batallón de la columna de granaderos al mando de su segundo comandante D. Joaquin de Castillo y Bustamante, dejando para que lo ordenase al Sr. mayor general de la caballería Don Diego García Conde, quien fué dirigiendo las columnas por el mismo parage, protegidas por el fuego de mi artillería, que continuó hasta hacer cesar el de dicha batería, lo que conseguido me encaminé por el propio rumbo á batir otras alturas que por mi frente y costado izquierdo tenia ocupadas el enemigo, haciendo que se me incorporase el segundo batallón de granaderos, que sostuvo igualmente el ataque contra otro cerro situado á la derecha de la entrada de Marfil.

“Viéndome ya en estado de apoyar con mis movimientos sobre la izquierda los ataques de los demas, dispuse que el primer batallón de la Corona, mandado por su coronel el Sr. Don Nicolás Ibarri, al que iba agregado el Sr. conde de Casa Rul, dos escuadrones de provinciales de San Luis, mandados por el Sr. conde de San Mateo Valparaiso, y el te-

niente coronel D. José María Tovar, y dos compañías de dragones de Querétaro á las órdenes de su capitán D. Matías Bárcena se dirigiesen por mi derecha hácia los cerros de Marfil para coger la ciudad entre dos fuegos, auxiliando á mi segundo el Sr. conde de la Cadena, que despues del ataque de la entrada se habia dirigido con alguna artillería á aquel punto, y poco despues dí orden para que lo siguiese el segundo batallón de dicho regimiento, mandado por su sargento mayor D. José Villalba, al mismo tiempo que la reserva y cuerpos de lanceros de la retaguardia estuviesen prontos á acudir donde llamase la necesidad, por manera que apoyándose y sosteniéndose entre sí todos los cuerpos, se viesen atacados y rodeados los enemigos por todas partes.

“Mis órdenes fueron ejecutadas con la mayor inteligencia y exactitud. Unidos los dos batallones de la Corona avanzaron con rapidez y empezaron á subir la montaña, despreciando el fuego de la artillería y fusilería y la lluvia de piedras que arrojaban los enemigos, venciendo las dificultades que ofrecia lo inaccesible del terreno, con tal ánimo y resolucion, que en poco tiempo los desalojaron de las baterías que defendian, y se apoderaron de sus cañones y municiones; y ya empeñados en la derrota del enemigo y en desalojarle de las alturas que ocupaba, se adelantaron por todas las cimas hasta llegar á las del cerro de San Miguel, el mas próximo á la ciudad, donde se situó y pasó la noche, y desde el cual con uno de los cañones tomados hizo fuego al dia siguiente el capitán del propio cuerpo D. Bernardo de Orta, logrando contener el de los enemigos.

“No puedo dejar de hacer honor en este lugar á mi segundo el Sr. conde de la Cadena, quien recibió al subir á dicha montaña una fuerte contusion de piedra en el hombro izquierdo, y á los dignos gefes, oficiales y soldados de este re-

gimiento, por la bizarría y espíritu con que se portaron, causando emulacion á todo el ejército. De los individuos del propio regimiento quedaron heridos de bala de fusil cuatro, y otros trece de piedra, incluso el subteniente D. Vicente Sobrevilla, ligeramente en la barba. En la misma accion el dragon de provinciales de Querétaro Márcos Arroyo mató á un artillero de los insurgentes en el cerro nombrado del Cubilete, al tiempo de dar fuego al cañon, recibiendo una herida en la cabeza. El dragon del mismo cuerpo Ignacio Ruiz fué acometido en dicho cerro por tres enemigos, á quienes dejó muertos despues de haber recibido varios golpes de palo. Finalmente, otro dragon del regimiento de España, llamado José Rayas, se distinguió en el mismo ataque matando en el cerro del Hormiguero ocho enemigos y haciendo siete prisioneros; cuyas acciones manifesto á V. E., para que no carezcan estos individuos del justo honor y premio á que se han hecho tan dignamente acreedores.

“Mientras el regimiento de la Corona y los demas cuerpos que le acompañaban se distinguian en estos ataques, la caballería, al mando de los señores Empáran, Valparaiso y Pastor, cortaba á los enemigos en las cañadas y los perseguía en su huida, pereciendo muchos á sus manos, quedando el campo lleno de cadáveres, y otros precipitados en las barrancas de este piélago de montañas, que así como por su situacion daban mas facilidad de defenderse al enemigo y de ofender con ventaja, han hecho tambien mas gloriosas las acciones de estos valientes cuerpos, decididos con entusiasmo por la causa de su soberano, de su religion y de la patria.

“Al paso que se ejecutaban estos ataques por la vanguardia, el cuerpo de reserva mandado por el Sr. coronel D. Manuel de Espinosa, compuesto del regimiento de dragones de

Puebla y cuerpo de Frontera de la Colonia, al cargo de su comandante el capitán D. Manuel Diaz de Solórzano, apoyaba desde la entrada de la cañada con el fuego de los dos cañones que cubrian la retaguardia del parque, el ataque de los cerros de Marfil, impidiendo que los insurgentes que habian quedado á la derecha y vuelto á situar otra batería, se avansasen como lo intentaron, á cortar la retaguardia, precisándolos con este oportuno movimiento y con la persecucion en seguida por la caballería, á abandonar su intento y volver á su anterior posicion, dando lugar á que el regimiento de la Corona ejecutase las acciones que se han dicho.

“Entretanto continuaba mi marcha por la izquierda con la columna de granaderos provinciales, venciendo todos los obstáculos que se presentaban al paso, subiendo la artillería por parages difíciles y encumbrados, batiendo alternativamente las baterías enemigas de derecha á izquierda, y protegiendo las operaciones de todo el ejército, cuyos objetos llenó completamente este cuerpo, obrando ya reunido, ya con separacion de batallones y compañías, segun lo exigian las circunstancias. Durante esta marcha se destacaron la compañía de gastadores, al cargo de su esforzado capitán D. José Ignacio Vizcaya, las dos de México, al de los capitanes D. Rodrigo Neyra y D. Cristóbal Velasco, y las de Puebla, al de la misma clase D. José Manuel Núñez y los subalternos D. Miguel Guillen y D. Bernardo Maroto, á tomar otras dos alturas donde estaban situados los enemigos, con artillería, y desde donde hacian fuego que inutilizaba en parte su misma elevacion; lo que ejecutaron con la mayor prontitud y serenidad, especialmente las dos de Puebla, apoderándose de tres cañones y porcion de municiones y pertrechos que entregaron con varios prisioneros al tiempo de incorporarse en su cuerpo.

“Restaba aún que vencer una batería de cuatro cañones, que colocada en el centro entre la ciudad y el camino de Santa Ana en el cerro llamado de Pánuco, incomodaba mi marcha; y habiendo destacado al sargento mayor de dragones de Puebla D. Miguel del Campo, comandante de la izquierda del ejército, con orden de que la atacase á toda costa, lo verificó con el regimiento de dragones de San Carlos, mandado por su teniente coronel D. Antonio Gutierrez, con tal bizarria y denuedo, que en pocos minutos desalojó á los enemigos y se apoderó de los cañones, en cuya accion quedó muerto de una bala de cañon el dragon Tomás Coronado y se distinguió el de la misma clase Luis Ambrosio, quien arrojándose á la batería quitó la vida á un artillero en el momento de dar fuego á uno de los citados cañones.

“Desalojado el enemigo de todas las alturas, arrollado, disperso y puesto en fuga con Allende y demas cabecillas, que no tardaron en verificarla luego que vieron perdida la accion, me dirigí al cerro de Valenciana, con el objeto de tomar un puesto dominante, que me proporcionase batir á la ciudad si encontraba alguna resistencia al otro dia, y llegué á aquel punto despues de las cinco de la tarde, teniendo que situar mis tropas por la noche en posicion militar, pues los sublevados se dejaban ver aún esparcidos por los cerros, y el no recibir noticia alguna de la ciudad estando tan inmediata, daba motivo para recelar que aun permaneciese ocupada ó defendida por algun cuerpo de los rebeldes.

“No me engañé en mis recelos, pues á la mañana siguiente empezó á oirse el cañon del enemigo, que se hallaba situado con dos piezas de artillería en el cerro llamado del Cuarto, por cuya intermediacion debia pasar el ejército. Sobre la marcha hice batirlo por dos cañones de á caballo y atacarlo en seguida por tropa de infantería y caballería, que les acometieron

y tomaron el cañon con la misma celeridad que lo habian sido todos, y en cuya accion quedaron muertos de bala de sus mismos compañeros los granaderos de la primera de Celaya José María Mendoza y Manuel García.

“Sin detenerme continué mi marcha á la ciudad, lleno de dolor por la noticia que acababa de recibir de que la plebe por sí ó sugerida de los insurgentes, habia manchado sus manos en la inocente sangre de mas de ciento cincuenta entre europeos y americanos, que existian presos en la cárcel de Granaditas, acometiendo este lugar de horror en la tarde y parte de la noche anterior, y pasándolos á cuchillo, á excepcion de muy pocos que se abrieron paso á costa de mil heridas, por entre los cadáveres y sus asesinos; accion bárbara y detestable que llenó de indignacion á todo el ejército, y que en el primer momento me obligó á tocar degüello para llevar á sangre y fuego la ciudad; pero que mandé suspender por efecto de humanidad y para no confundir al inocente con el culpado. A mi llegada encontré al señor conde de la Cadena, que avisado por mi señal de marcha, emprendió la suya con el regimiento de la Corona y las demas tropas que le siguieron el dia ántes, y se situaron por la noche en el cerro de San Miguel.

“En esta larga y porfiada accion, que duró cerca de siete horas, en que se cogieron veintidos piezas de artillería, y en que quedaron batidas y destruidas sus principales fuerzas, que los mismos habitantes hacen subir al considerable número de 700 hombres, llenaron completamente sus obligaciones todos los cuerpos de este ejército y excedieron mis esperanzas, no pudiendo elogiar bastante la serenidad, espíritu y bizarra conducta de todos los gefes, oficiales y soldados.

“La artillería, dirigida por su comandante el teniente coro-

nel D. Ramon Diaz de Ortega, y mandada por su segundo el de infantería D. Juan Diez, por los tenientes D. Pedro Sagarra y D. Francisco Montalbo, el alférez de navío D. Manuel Murga y los tenientes de la Corona D. Francisco Falla y D. Antonio Cayre, sostuvo los ataques de las tropas y batió las posiciones enemigas con el acierto y serenidad que siempre la distingue, conservando su merecida reputacion. Debo nombrar tambien á D. José de Torres, que sirve con mucho honor y distincion en clase de voluntario, desde el principio de la campaña, y que en las acciones que precedieron á la toma de Guanajuato tuvo á su cargo uno de los cañones de vanguardia; á D. José Portillo, tambien voluntario, que se empleó en el servicio de la artillería; al guarda parque D. Juan Bernal, al sargento primero Santiago Aguirre y al cabo segundo Santiago Urbina, que se distinguieron por su actividad.

“Los escuadrones de lanceros, al mando del capitán de dragones provinciales D. Pedro Meneso, se emplearon con mucha utilidad en la custodia de cargas y parque de artillería, en sostener y conducir á esta por cerros casi inaccesibles, en recoger y extraer de cimas y barrancas profundas los cañones y pertrechos cogidos á los enemigos, y en servir las municiones á nuestras baterías; en cuyas importantes operaciones manifestó esta tropa su buena disposicion y deseos de llegar á las manos con el enemigo, haciéndose recomendables por su celo los comandantes de escuadron D. Juan Pequera, D. Martin Collado, D. Francisco Orrantia, D. Manuel Oviedo y Cosío, D. Matías Aguirre, D. Ramon Cardona, D. Francisco Goyeneche y D. José Gabriel Armijo.

“El señor mayor general de caballería, coronel D. Diego García Conde, y el de infantería, teniente coronel D. Manuel de la Sota Riva, con sus ayudantes D. Estéban Munuera,

capitán de dragones de Puebla, y el teniente del Príncipe, D. Casimiro Leon; el capitán de la Corona D. Juan Cosío, que sacó una herida contusa en el pié izquierdo en el ataque del cerro de la Higuera, y el de la misma clase, ayudante del batallon de Huichapan, D. Antonio Padilla, desempeñaron con acierto sus encargos y obligaciones, y lo mismo los del cuartelmaestre general, capitanes D. Saturnino Samaniego, D. Francisco Diez de Bustamante y D. José del Rivero, habiendo sido el primero herido de un golpe de metralla en una rodilla, en el ataque de la entrada de la cañada de Marfil, á quien y al capitán de mi escolta D. Ramon Falco, recomienda mucho mi segundo el señor conde de la Cadena, como tambien á sus ayudantes de infantería de Valladolid, D. Manuel Gutierrez de los Rios, y al alférez D. José Ignacio de la Cuesta.

“Igualmente llevaron con acierto y actividad las órdenes, partiendo desde la vanguardia los capitanes D. Bonifacio Tosta y D. Bernardo Tello, el ayudante mayor de la Corona D. Juan de Urquidi, los de la columna de granaderos, teniente D. Ignacio Urrutia y subteniente D. José Mariano Zavala, el del cuerpo de patriotas de San Luis, D. Juan Juarez, los de dragones de España y México, alférez D. José María Barberi y D. Ignacio Ibarri; los de dragones de Querétaro, Puebla, San Luis y San Carlos, tenientes D. Vicente Concha, D. Vicente Bustamante, D. Pedro Imáz y D. José Mora, los alféreces del cuerpo de Frontera D. Gabriel Barragan y D. Carlos Gutierrez, y el cadete de las tropas veteranas del Nuevo Santander, D. Manuel Rosales.

“El cuartelmaestre general de este ejército, teniente coronel D. Ramon Diaz de Ortega, y mi primer ayudante el del mismo grado D. Bernardo Villamil, estuvieron á mi lado durante toda la accion, activando mis providencias, comu-

nicándolas por medio de los ayudantes de campo, y presentándose en los puntos en que era conveniente dirigir y animar la tropa.

“Creo propio de mi obligacion recomendar á V. E. al teniente coronel D. Juan Nepomuceno de Oviedo, comandante del batallon de patriotas de San Luis, por su espíritu, utilidad de su tropa ligera é importantes servicios, que con sacrificio de sus intereses está haciendo desde el principio de esta bárbara y absurda revolucion; y tambien á las familias del dragon del regimiento de San Carlos, Tomás Coronado, y de los granaderos José María Mendoza y Manuel García, que murieron en la accion; el primero tiene padres ancianos, el segundo dos hermanas pobres, y el tercero una madre viuda, á quienes considero debe extenderse la piedad de V. E.

“Incluyo á V. E. el adjunto plano del terreno sobre que se dió la accion, para la mejor inteligencia de ella.

“Dios guarde á V. E. muchos años. Silao, Diciembre 12 de 1810.—Exmo. Sr.—*Félix Calleja*.—Exmo. Sr. virey D. Francisco Javier Venegas.”

Todas estas acciones particulares, que están indicando desde luego la energía con que los fieles vasallos de Fernando VII han hecho alarde de su patriotismo y virtudes, han merecido justamente la superior consideracion de S. E., como lo manifiesta en la siguiente contestacion:

“Recibo el parte detallado y el correspondiente croquis de la accion y toma de Guanajuato, que las incesantes ocu-

paciones de V. S. le habian obligado á diferir hasta el 12 del corriente.

“Sin dilacion lo haré publicar en gaceta extraordinaria, y sin perjuicio de proporcionar las demas gracias á que se han hecho acreedores los individuos de ese ejército; no sufriendo dilacion los premios, que piden de necesidad las acciones más distinguidas, y las desgracias consecuentes al honroso desempeño de las obligaciones de la profesion, de que fueron víctimas Tomás Coronado, José María Mendoza y Manuel García, dragon el primero del regimiento de San Carlos, y granaderos de Celaya los dos últimos; desde luego mandará V. S. se abonen por una vez para consuelo de su infortunio, cien pesos á los padres de Coronado, igual cantidad á las dos hermanas de Mendoza, para que las repartan entre sí; y la misma á la madre de García.

“A los valientes José Rayas, dragon del regimiento de España, Ignacio Ruiz, Márcos Arroyo, que lo son del provincial de Querétaro, y Luis Ambrosio del de San Carlos, les concedo el uso de un escudo sobre el brazo izquierdo, en cuyo centro esté bordada una ciudad con la inscripcion *Guanajuato*, y en su orla este letrero: *Fidelidad y valor distinguido por Fernando VII en*. Además de esta honrosa divisa se les gratificará á Rayas con cincuenta pesos; á Ruiz con treinta y cinco, y á Arroyo y Ambrosio con veinticinco á cada uno, haciéndose saber en la orden general del ejército.

“Dios guarde á V. S. muchos años. México, 16 de Diciembre de 1810, á las once de la noche.—*Venegas*.—Sr. D. *Félix Calleja*.”

El mismo señor brigadier incluye una copia del bando que mandó publicar en Silao al paso de las tropas, y es del tenor siguiente:

“D. Félix María Calleja del Rey, brigadier de los reales ejércitos, subinspector y comandante de la décima brigada de este reino y de las Provincias Internas dependientes, y comandante en jefe del ejército de operaciones contra los insurgentes.

“La crueldad y la cobardía son siempre inseparables, y justamente la que en todos los casos se observa en los faciosos que desolan el reino huyendo cobardemente de nuestras tropas en todas ocasiones, y asesinando indistintamente á los indefensos; en Granaditas lo fueron muchos criollos y entre ellos D. Pablo de la Rosa y D. Antonio María de la Rosa.

“Los pueblos deberían tomar un interés eficaz en evitar semejantes crueldades, reuniéndose para impedirles los sacerdotes seculares y regulares, las autoridades y los vecinos honrados; pero por desgracia las han visto ó con una indiferencia criminal, ó con una cobardía culpable: para evitarlo en lo sucesivo declaro:

“Que el pueblo en donde se cometa asesinato de soldado de los ejércitos del rey, de justicia ó empleado, de vecino honrado, criollo ó europeo, se sortearán cuatro de sus habitantes, sin distinción de personas, por cada uno de los asesinatos, y sin otra formalidad serán pasados inmediatamente por las armas aquellos á quienes toque la suerte.

“Silao, 12 de Diciembre de 1810.”

Se ha insertado íntegro el parte oficial dado por Calleja al virey Venegas, porque en él se ven confirmados estos tres puntos principales de la relación que se ha hecho de la memorable acción de Guanajuato. Primero, que el Sr. Allende se había ocupado en fortificar y artillar diversos puntos, y en abrir minas en los cerros que forman los costados de la cañada de Marfil, puesto que Calleja dice que había mil quinientos barrenos. Segundo, que el jefe realista evitó el camino, que estaba minado, tomando los costados de la cañada y no el centro. Tercero, que el Sr. Allende se retiró en buen orden llevándose el grueso de su ejército y una parte de su artillería. Su intento al retirarse fué reorganizar sus fuerzas en Aguascalientes ó Zacatecas, y el incendio del parque de que se ha hablado frustró esta combinación, que si se hubiera logrado, ó la atención del jefe realista se hubiera ocupado en atacar las fuerzas reunidas en esta nueva posición, ó si despreciándolas hubiera marchado sobre Guadalajara, habría sido batido por la retaguardia y se habría evitado la pérdida de esa importantísima batalla, como ya se verá.

En su parte recomienda Calleja entre otros á Orrantía, á D. Matías Aguirre ó Martín de Aguirre y á D. Gabriel de Armijo. Estos tres, en el curso de la guerra de independencia, vinieron á mandar brigadas ó secciones defendiendo la causa de los españoles. Armijo tomó partido por la independencia en el año 821 y siguió figurando en la república, defendiendo siempre á los gobiernos retrógrados hasta que fué muerto en Texca en acción dada por D. Juan Álvarez, que mandaba las fuerzas liberales. La derrota de la sección de Armijo fué completa; todos sus oficiales y tropa fueron muertos, heridos ó prisioneros; perdió también todo su armamento y parque que cayó en poder de los vencedores.

Como á la vez que yo he publicado mis Memorias ha escrito sobre el mismo asunto en Guanajuato sus apuntes ó rectificaciones á la historia de D. Lucas Alaman, el Sr. Lic. José María Liceaga, escribiendo él como testigo presencial de los acontecimientos que pasaron en aquella ciudad en los primeros años de nuestra gloriosa independencia, teniendo buena memoria para recordarlos, buen juicio y mucho criterio, aunque entiendo que no discordamos, si alguna discrepancia hubiere me refiero á lo que él diga.

CAPITULO XIV.

SUMARIO.—Vuelve el autor á ocuparse de Guadalajara.—Qué pasaba en esta ciudad, cabecera entónces de la intendencia de su nombre, y hoy capital de Jalisco, á la vez que pasaban los acontecimientos que ántes se han referido en Guanajuato.—Variaciones en el estado de la opinion del pueblo en aquella ciudad.—Gran reunion de gente en ella.—Trabajos militares para hacer venir la artillería de San Blas y regimentar aquellas masas.—Noticia de la aproximacion de Calleja y disposiciones para salir á su encuentro.—Junta de guerra en el puente de Tololotlan: opiniones que en ella se indicaron y cuál fué la que prevaleció.—Ocupacion del puente de Calderon por el ejército independiente, ántes que Calleja pudiera llegar.—Reconocimiento que este hizo de la posicion de los independientes la víspera de la accion.—Batalla del puente de Calderon; peripecias de ella; el triunfo estuvo casi decidido en favor de los independientes hasta las tres de la tarde.—Ocurrencia casual y desgraciada que sobrevino á esa hora.—Motivos porque se perdió por los independientes una accion tan importante.—Recursos que el Sr. Hidalgo sacó de Guadalajara.

Preciso es volverse á ocupar de Guadalajara. Se ha visto ya que por una coincidencia casual, en el mismo dia en que el Sr. Hidalgo era recibido con un entusiasmo frenético por la poblacion de la ciudad y que recibia felicitaciones de todas las corporaciones, incluso el cabildo eclasiástico, que lo recibia en la puerta de Catedral con los honores del patronato, el Sr. Allende tenia que abandonar á Guanajuato retirándose á Zacatecas, donde no pudo permanecer por la causa que ya se ha referido, viéndose obligado á replegarse á Guadalajara, donde vinieron á reunirse con el Sr. Hidalgo todos los generales.